



LA MISA NEGRA

(CUENTO DE LA ABUELITA)

A MIS RETOÑOS CLEMENTE Y ÁNGELA PALMA



Érase lo que era. El aire para las aves, el agua para los peces, el fuego para los malos, la tierra para los buenos, y la gloria para los mejores; y los mejores son ustedes, angelitos de mi coro, á quienes Su Divina Majestad haga santos, y sin vigilia.

Pues, hijitos, en 1802, cuando mandaba Avilés, que era un virrey tan bueno como el bizcocho caliente, alcancé á conocer á la madre San Diego. Muchas veces me encontré con ella en la misa de nueve, en Santo Domingo, y era un encanto verla tan contrita, y como se iba *elevada*, que parecía que no pisaba la tierra, hasta el comulgatorio. Por bienaventurada la tuve; pero ahí verán Vds. como todo ello no era sino arte, y trapacería, y embolismo del demonio. Persígnense, niños, para espantar al Maligno.

Ña San Diego, más que menos, tendría entonces unos cincuenta años, é iba de casa en casa, curando enfermos y recibiendo por esta caridad sus limosnitas. Ella no usaba remedios de botica sino reliquias y oraciones, y con poner la correa de su hábito sobre la boca del estómago, quitaba, como con la mano, el más rebelde cólico *miserere*. Á mí me sanó de un dolor de muelas, con sólo ponerme una hora en oración mental y aplicarme á la cara un huesecito, no sé si de San Fausto, San Saturnino, San Teófilo, San Julián, San Adriano ó San Sebastián, que de los huesos de tales santos envió el Papa un cargamento de regalo á la Catedral de Lima. Pregúntenselo Vds., cuando sean grandes, al señor arzobispo ó al canónigo Cucaracha, que no me dejarán por mentirosa. No fué, pues, la beata quien me sanó, sino el demonio. Dios me lo perdone, que si pequé fué por ignorancia. Hagan la cruz bien hecha, sin *apuñuscar* los dedos, y vuelvan á persignarse, angelitos del Señor.

Ella vivía, me parece que la estuviera viendo, en un cuartito del callejón de la Tona, como quien va para baños de Luna, torciendo á mano derecha.

Cuando más embaucada estaba la gente de Lima con la beatitud de la ña San Diego, la Inquisición se puso ojo con ella y á seguirla la pista. Un señor inquisidor, que era un santo varón sin más hiel que la paloma y á quien conocí y traté como á mis manos, recibió la comisión de ponerse en *aguaité* un sábado por la noche, y á eso de las dos ¿qué dirán Vds. que vió? Á la San Diego, hijos, á la San Diego que, convertida en lechuza, salió volando por la ventana del cuarto. ¡Ave María Purísima!

Cuando al otro día fué ella muy oronda y como quien no ha roto un plato, á Santo Domingo, para reconciliarse con el padre Bustamante, que era un pico de oro como predicador,

ya la esperaba en la plazuela la calesita verde de la Inquisición. ¡Dios nos libre y nos defienda!

Yo era muchacha del barrio, y me consta, lo diré hasta en la hora de la muerte, que, cuando registraron el cuarto de la San Diego, halló el Santo Oficio de la Inquisición, encerrados en una alhacena, un conejo ciego, una piedra-imán con cabellos rubios envueltos en ella, un muñequito cubierto de alfileres, un alacrán disecado, un rabo de lagartija, una chancleta que dijeron ser de la reina Sabá y ¡Jesús me ampare! una olla con aceite de lombrices para untarse el cuerpo y que le salieran plumas á la muy bruja para remontar el vuelo, después de decir, como acostumbra esa gente canalla:

—¡Sin Dios ni Santa María!

Acompáñenme Vds. á rezar una salve, por la herejía involuntaria que acabo de proferir. . . .

Como un año estuvo presa la pícara sin querer confesar *ñizca*; pero ¿á dónde había de ir ella á parar con el padre Pardiñas, sacerdote de mucha *marraqueta*, que fué mi confesor y me lo contó todo en confianza? Niños, recen Vds. un padre nuestro y un ave-maría por el alma del padre Pardiñas.

Como iba diciendo, quieras que no quieras, tuvo la bruja que beberse un jarro de aceite bendito, y entonces empezó á hacer visajes, como una mona, y á vomitarlo todo, digo, que cantó de plano; porque el demonio puede ser renitente á cuanto le hagan, menos al óleo sagrado, que es santo remedio para hacerlo charlar más que un barbero y que un jefe de club eleccionario.

Entonces declaró la San Diego que hacía diez años vivía (¡Jesús, María y José!) en concubinaje con Pateta. Vds. no saben lo que es concubinaje, y ojalá nunca lleguen á saberlo.

Por mi ligereza en hablar, y haberseme escapado esta mala palabra, recen Vds. un credo en cruz.

También declaró que todos los sábados, al sonar las doce de la noche, se untaba el cuerpo con un menjurge y que, volando-volando, se iba hasta el cerrito de las Ramas, donde se reunía con otros brujos y brujas á bailar deshonestamente y oír la Misa Negra. ¿No saben Vds. lo que es la Misa Negra? Yo no la he oído nunca, créanmelo; pero el padre Pardiñas, que esté en gloria, me dijo que Misa Negra era la que celebraba el diablo, en figura de un macho cabrío, con unos cuernos de á vara y más puntiagudos que aguja de colchonero. La hostia es un pedazo de carroña de cristiano, y con ella da la comunión á los suyos. No vayan Vds., dormiloncitos, á olvidarse de rezar esta noche á las benditas ánimas del purgatorio y al ángel de la guarda, para que los libre y los defienda de brujas que chupan la sangre á los niños y los encanijan.

Lo recuerdo como si hubiera pasado esta mañana. ¡Jesucristo sea conmigo!

El domingo 27 de Agosto de 1803 sacaron á la San Diego en burro y vestida de *obispa*. Pero como Vds. no han visto ese vestido les diré que era una corozza, en forma de mitra, y saco largo que llamaban San Benito, donde estaban pintados, entre llamas del infierno, diablos, diablesas y culebrones. Dénsen Vds. tres golpecitos de pecho.

Con la San Diego salió otra picarona de su casta, tan hechicera y condenada como ella. Llamábase la Rivero, y era una vieja más flaca que gallina de diezmo con moquillo. Llegaron hasta Santo Domingo, y de allí las pasaron al beaterío de Copacabana. Las dos murieron en esa casa, antes que *entrara la patria* y con ella la herejía. Dios las haya perdonado!

Y fuí y vine, y no me dieron nada. . . . más que unos zapatitos de cabritilla, otros de plomo y otros de caramelo. Los de cabritilla me los calcé, los de plomo se los regalé al Patudo, y los de caramelo los guardé para tí y para tí.

Y ahora, pipiolitos, á rezar conmigo un rosario de quince misterios, y después entre palomas, besando antes la mano á mamita y á papacito para que Dios los ayude y los haga unos benditos.

Amenemén, amén.

RICARDO PALMA

Peruano

